



VENEZUELA EN EL LABERINTO DE LA RENTA

Diego Bautista Urbaneja: *La renta y el reclamo: ensayo sobre petróleo y economía política en Venezuela*. Caracas: Alfa. 2013.

TOMÁS STRAKA, profesor de la Universidad Católica Andrés Bello.

¿Cuándo comenzaron los venezolanos a ser como son? Es decir, ¿desde cuándo adoptaron «una manera de concebir la relación con el trabajo, los derechos, la riqueza, la igualdad, el gobierno» (Urbaneja, 2013: xv) definida por la renta petrolera? ¿Desde cuándo y por cuáles razones la renta se convirtió «en una especie de principio organizador de la sociedad venezolana» (2013: xvii)? Estas preguntas conducen a las estructuras esenciales de la vida venezolana, a la forma como el petróleo impregna cada uno de sus recodos, las decisiones, los sueños y los proyectos de toda la colectividad. Y estas son las preguntas que Diego Bautista Urbaneja se propuso responder en su libro *La renta y el reclamo*.

Su objetivo es elaborar una especie de teoría general de la vida —de la «economía política» como la llama— venezolana, a partir del análisis de la trama de acuerdos que a lo largo de casi noventa años se forjaron para reclamar y repartir, según el lugar de la ecuación en que se esté, la renta petrolera. Durante este lapso se fueron desarrollando un conjunto de criterios y valores (a los que Urbaneja llama «principios rectores») y un conjunto de procedimientos generalmente aceptados (a los que llama «reglas de decisión») por los cuales «la economía política del país se arma en función de reclamar y distribuir la renta petrolera» (xx). Urbaneja define la economía política como «el conjunto de actores y sectores que en una sociedad tratan de incidir en la toma de decisiones del Estado, haciendo valer para ello los recursos de diversos tipos con los que cuentan, así como el conjunto de instituciones y procedimientos que dan entrada a tales recursos y les asignan determinado peso o valor» (xviii); en resumen, «como los arreglos políticos vigentes en la sociedad» (250).

Un ejemplo ayudará a entender su planteamiento. Los políticos de casi

todo el mundo han tenido que enfrentarse a un problema típico en los últimos dos siglos: los agricultores quieren medidas de protección arancelaria para beneficiar su producción, amenazada por las de competidores extranjeros, probablemente más eficientes y por eso capaces de inundar el mercado local con productos más baratos —y a veces de mejor calidad!— que los nacionales. Los comerciantes, por el contrario, señalan que esas medidas arancelarias aumentarían los costos y restringirían la oferta, en perjuicio del

Será con el puntofijismo que arranca en 1958 cuando la sociedad termina de organizarse en torno al reclamo de la renta

bienestar general de la población. Ambos tienen razones de peso y ambos van a tratar de influir sobre el Estado, según el poder que efectivamente tengan. En Venezuela, los comerciantes ganaron la partida. La pugna no se centró en los aranceles sino en el valor de la moneda nacional: el bolívar.

Durante la década de 1930, cuando se combina la doble circunstancia de la caída del precio del café y la revalorización del bolívar frente al dólar, ambas consecuencias de la crisis global del capitalismo que estalla en 1929, los cafetaleros pidieron sistemáticamente una devaluación para ser más competitivos en el ámbito internacional; mientras que, para los banqueros, con un bolívar más fuerte la renta petrolera (lo que pagaban las compañías y los dólares que traían) sería mayor. Los primeros alegaban los inmensos perjuicios que generaría su quiebra, pues varias regiones del país y un porcentaje importante de la población vivía del café. Los segundos presentaban las cuentas de todo lo que podía hacerse con un bolívar capaz de comprar muchos dólares con los cuales, a su vez, comprar maquinaria, medicinas,

alimentos, en fin, cuanto hiciera falta para la modernización del país.

En 1934 se suscribe finalmente el Convenio Tinoco: el primer prototipo de un control de cambios, que finalmente se instituye en 1941. El bolívar baja apenas de 3,06 a 3,93 por dólar. Como compensación, ese año se decreta una ayuda de diez millones de bolívares (que entonces eran unos tres millones de dólares, unos treinta millones actuales) para los caficultores. Obviamente, la medida no puede frenar la debacle del café, pero sí marca el inicio

de una forma de hacer arreglos políticos, en los que cada sector de la sociedad pugna para que el Estado decida a su favor en el sentido de obtener una parte de la renta. «Son esos momentos en los que el país, sabiéndolo o no, toma por un sendero, de los varios que se le ofrecían» (52). Ese sendero, además, definirá al país por todo un siglo.

Urbaneja parte de la idea —tomada de Asdrúbal Baptista— de que «el petróleo nos hizo». En efecto, la sociedad, la economía, la cultura, el Estado venezolanos del siglo XX (y lo que va del XXI) fueron modelados, en gran medida, por el impacto de la renta petrolera. Pero con una salvedad importante: la participación del venezolano, argumenta el autor, fue bastante más activa de lo que la frase da a suponer. Su protagonismo ha sido —y sigue siendo— mucho mayor que el de simple víctima o beneficiario, según el caso, de la riqueza que empezó a bombarse alrededor de la década de 1920. Así las cosas, si bien «el petróleo nos hizo», fue «como nosotros hicimos que nos hiciera» (xlili). Pero fue un proceso gradual. Ni con Gómez ni con los regímenes posgo-

reseña

meceastas (López Contreras y Medina Angarita, 1935-1945) la sociedad se había armado todavía en torno al rentismo. Aún no había sectores reales reclamadores de renta. Gómez soluciona uno a uno, según sus intereses y prioridades, los problemas que hereda o van apareciendo; pero ni el ejército ni los caficultores entran aún, como sectores homogéneos, en el juego de la búsqueda de renta. «La renta que ha entrado se ha ido en pago de la deuda, en financiar aumentos graduales de las diversas partidas presupuestarias y en compensar a los productores por la caída de las exportaciones tradicionales» (58). También se fue en asegurar lealtades mediante concesiones u otras prebendas.

Con los años la sociedad se hace cada vez más compleja. Durante el posgomecismo (la era del «positivismo ampliado», según Urbaneja) avanza hacia el rentismo con las leyes de Impuesto sobre la Renta (1942) e Hidrocarburos (1943), así como con el nacimiento del Estado intervencionista (en especial, en la etapa de Medina, Junta Reguladora de Precios, Junta Nacional de Fomento y Comisión Coordinadora de Importaciones, entre 1942 y 1944). El objetivo de «sembrar el petróleo» —es decir, invertir la renta para crear un «capitalismo normal», autosostenible— va estructurando las primeras relaciones entre diversos sectores y el Estado, mediante la búsqueda de una porción de la renta. El trienio (al que Urbaneja llama «proyecto de un partido hegemónico») y la dictadura («el régimen tecnocrático militar»), cada uno a su escala, hicieron otro tanto. No obstante, será con el puntofijismo que arranca en 1958 cuando la sociedad termina de organizarse en torno al reclamo de la renta.

Varios factores influyeron para que eso ocurriera. En primer lugar, fue un régimen que nació con la angustia de no repetir los errores del pasado; inicialmente, los cometidos de 1945 a

1948, cuando Acción Democrática en el poder gobernó con poca —o relativamente poca— atención a los sectores que le eran lejanos u opuestos, lo que socavó la estabilidad del régimen. Tampoco podía cometer los errores de la dictadura, que nunca enamoró a las mayorías del país y, al final, también se enemistó con algunos grupos; por ejemplo, ciertos sectores del empresariado. Por lo tanto, la democracia tratará, como principal objetivo, de no crear conflictos con lo que Urbaneja llama «sectores significativos»; es decir, aquellos con suficiente poder dentro de la economía política del país para influir en el Estado (e incluso derrocar al régimen). Mucho menos podía crearlos cuando, en los primeros años, debía enfrentar los inmensos

recursos que respaldan la pretensión de que el mejor destino que se le podría dar a la porción de la renta que en cada caso se reclama es asignarla al reclamante (215).

El empresario que solicita créditos a bajo interés y protecciones arancelarias, el importador que sueña con dólares baratos, el sindicalista que puja por un contrato colectivo, los estudiantes que piden becas, el director de teatro que quiere financiar su montaje, el poeta al que le dan una bolsa de trabajo, el general convencido de la necesidad de comprar unos nuevos cazabombarderos, las hermanitas que piden apoyo para su escuela, todos son, en grados diversos, reclamadores

El consenso entre todos los sectores —que en ocasiones pueden ser contrapuestos, como podría esperarse entre los sindicatos y el empresariado, para poner un ejemplo— se logra al garantizarle a cada uno que, si no ahora al menos en un futuro cercano, verá satisfecho su reclamo

desafíos de alzamientos por la izquierda y por la derecha. Nace de esta manera el «maximin»: la regla de buscar el máximo consenso y el mínimo conflicto. El reparto de la renta petrolera será la base de estos acuerdos. Dice Urbaneja:

En el proceso político participa una variedad de sectores, cada uno haciendo valer los recursos con los que cuenta: votos, control de servicios necesarios para la colectividad, capacidad de disrupción de la normalidad cotidiana, influencia cultural, control de la inversión, de la producción y del empleo, capacidad de detener mediante huelgas y paros costosos procesos productivos, capacidad de afectar la actividad petrolera, competencia técnica, ideas para montar una empresa, signi-

ficación simbólica... recursos que respaldan la pretensión de que el mejor destino que se le podría dar a la porción de la renta que en cada caso se reclama es asignarla al reclamante (215).

de renta. El consenso entre todos estos sectores —que en ocasiones pueden ser contrapuestos, como podría esperarse entre los sindicatos y el empresariado, para poner un ejemplo— se logra al garantizarle a cada uno que, si no ahora al menos en un futuro cercano, verá satisfecho su reclamo. Durante unos veinte años el sistema funcionó bien. En 1973 un conjunto de circunstancias empezaron a romperlo: el aumento acelerado de los precios del barril, la nacionalización de la industria, el Quinto Plan de la Nación, el proyecto de la Gran Venezuela, cambian las reglas del juego, para dar paso a su crisis en la década de los ochenta, «la década del declive» (279-301) o el inicio del «puntofijismo tardío». Por lo tanto, al período que arranca en 1958 se dedica la mayor parte del libro. Desde la perspectiva de la economía política venezolana



COMPROMISO SOCIAL: GERENCIA PARA EL SIGLO XXI

ANTONIO FRANCÉS (COORDINADOR)



0212-555.42.63 / 44.60
ediesa@iesa.edu.ve

La empresa es el motor económico por excelencia, sea privada, pública o social. Hasta ahora trabaja para sus accionistas, pero los trabajadores, los clientes y las comunidades le plantean exigencias crecientes, que van más allá de lo que se conoce como responsabilidad social. En *Compromiso social: gerencia para el siglo XXI* se dan herramientas novedosas para responder a esas exigencias.

reseña

se convierte en una especie de modelo-tipo del rentismo. Todo lo ocurrido entre 1920 y 1958 es como una especie de preparación para el sistema que se establece en aquel año, casi, jugando con categorías prestadas de la teología, podría decirse que fue un primer rentismo «veterotestamentario» y todo lo que pasa después es el empobrecimiento, el desgajamiento del sistema.

Urbaneja es crítico con la «política económica sin economía política»

Da la impresión de que los venezolanos están apesados en un laberinto construido por la renta petrolera. Es un laberinto del que se conoce la salida, pero del que en el fondo tal vez nadie quiera salir, porque hacerlo implica un costo muy alto

(306) de la que denomina «la apuesta tecnocrática»; es decir, la reformas popularmente llamadas neoliberales: «el nuevo proceso es por tendencia autoritario, no en el sentido represivo del término, sino en el que carece de disposición para poner en cuestión la autoridad de los expertos, o para admitir otros factores en el proceso de toma de decisiones» (308). Al final llega a un callejón sin salida. Probablemente, algunas de las páginas más interesantes del ensayo son las que corresponden a este aparte. A diferencia de lo que pasa con el gomecismo, el trienio o el puntofijismo, el autor tuvo que elaborar el discurso histórico casi desde el principio, en vez de desarrollar una interpretación sobre la base de la historiografía existente. Aspectos como la crisis bancaria de 1994, la Agenda Venezuela o la Apertura Petrolera son presentados y analizados por alguien que, entre otras cosas, fue un testigo especialmente atento a los acontecimientos que lo rodeaban (entre 1991 y 1995 fue director del entonces prestigioso *El Diario de Caracas*), y quedan consignados, acaso por primera vez, en una obra de conjunto capaz de enterar al lector con poco conocimiento del tema (y eso implica, en Venezuela,

toda una generación que se levantó desde entonces).

Otro tanto puede decirse del último capítulo, destinado al chavismo. El esquema que elabora para determinar los objetivos rectores y las reglas del régimen iniciado en 1999 —y declarado socialista en 2007— ofrece un panorama a partir del cual desarrollar, como seguramente hará Urbaneja, estudios posteriores. La forma como el consensualismo es sustituido por un

mayoritarismo, como los sectores que una vez fueron significativos van perdiendo su poder (es decir, su capacidad estabilizadora o desestabilizadora) o como el nuevo régimen se va cosiendo en torno a la figura del líder y su modo de definir el uso de la renta para consolidar su poder, ofrece una visión novedosa, aunque para muchos seguramente polémica; en especial, cuando muestra cómo el rentismo, que parecía muerto, resucita con una fuerza que pocos podían prever unos años antes. Es acaso el cierre del círculo.

Da la impresión de que los venezolanos están apesados en un laberinto construido por la renta petrolera. Es un laberinto del que se conoce la salida, pero del que en el fondo tal vez nadie quiera salir, porque hacerlo implica un costo muy alto; por ejemplo, dejar de ser un reclamador de renta. En torno a la renta se han construido acuerdos, formas de relación, nudos, redes, una tramoya general en la que está subsumida la sociedad venezolana. Así, las conclusiones del libro se alejan del análisis para comenzar a hacer propuestas, casi para convertirse en un programa político: «tratar de encontrar el camino que nos permita pasar a una economía no rentista» (425).

A partir de allí hace proposiciones de política (general, por llamarla de algún modo, y económica) para forjar un capitalismo «normal», por emplear una palabra suya. El analista quiere no solo explicar el laberinto sino, también, ser el Teseo que se meta en él, mate al Minotauro y ayude a todos a escapar.

Con este ensayo Diego Bautista Urbaneja continúa el camino emprendido en dos trabajos anteriores, ambos muy bien recibidos por la academia y por el público general: su clásico *Pueblo y petróleo en la política venezolana del siglo XX* (1993), en el cual revisa los diversos proyectos políticos que se sucedieron en la centuria empleando su relación con el petróleo como hilo conductor, y *La política venezolana desde 1958 hasta nuestros días* (2009), publicado como uno de los «cuadernos» del Centro Gumilla, que ofrece una mirada panorámica, asequible al gran público (pero no por eso carente de reflexión teórica), del sistema de democrático. De la unión de estas dos líneas de investigación parece emerger *La renta y el reclamo*. Desde que, siendo muy joven, se incorporó a la Universidad Central de Venezuela como profesor e investigador, Urbaneja periódicamente ha consignado trabajos de cuya importancia hay consenso —por algo acaba de ser incorporado a la Academia Nacional de la Historia— e incursionado en el análisis del día a día con el periodismo, en prensa y radio; incluso probó saltar del estudio a la práctica, de la politología a la política, como diputado al Congreso Nacional en 1999 (la última parte del libro da la impresión de que la vena política sigue latiendo con fuerza). Probablemente, St. Antony's College de Oxford ha sido su segunda casa universitaria. Allí ha pasado temporadas de gran actividad creativa y allí produjo este libro. Ojalá que detone todas las discusiones y reflexiones contenidas en él. ■

ESTRATEGIAS EN TIEMPOS DE TURBULENCIA

MICHAEL PENFOLD Y ROBERTO VAINRUB (editores)



Ediciones



0212-555.42.63 / 44.60
ediesa@iesa.edu.ve

Venezuela presenta uno de los más borrascosos historiales económicos del continente. Sin embargo, un grupo significativo de empresas no solo ha logrado navegar en medio de la turbulencia, sino también llegar a buen puerto. ¿Cómo lo hicieron? Este valioso compendio de investigaciones y ensayos divulgativos ayudará al lector a comprender no solo cómo hicieron las empresas para sobrevivir, sino incluso cómo un puñado de ellas logró destacarse en un mercado tan incierto y volátil como el venezolano.